

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA, Y LAS PUGNAS DE LA NUEVA NOBLEZA

Begoña PRO URIARTE

bprouriarte@gmail.com

La composición y origen de la nobleza castellana y navarra va a dar un vuelco con la llegada de la Baja Edad Media. La nobleza tradicional pierde peso y pasa a un segundo plano. En contraposición irrumpen nuevos apellidos que van a influir en los acontecimientos históricos y, en consecuencia, en la vida y destino de Carlos, Príncipe de Viana.

En Navarra se mantiene el número tradicional de doce casas, pero frente a los Almoravid, Aibar, Lehet, Subiza, Montagut, Cascante, Mauleón, Guevara, Urroz, Leet, Rada y Vidaurre surgen rícohombrias de nueva generación y ascienden otros linajes; la mayoría derivados de los bastardos reales de la casa Evreux.

En Castilla, la Nobleza Vieja, formada por un lado por los príncipes, -representados por los Lara, Castro, Haro o señores de Cameros, que tradicionalmente ocupaban el cargo de alférez- y por otro por los barones -entre los que se encontraban los Girón o los Meneses, que desempeñaron el puesto de mayordomo real-, también pierde preeminencia. A su lado emerge una Nobleza Nueva catapultada por varios acontecimientos, entre los que se encuentran: La derrota de Juan I, rey de Castilla y pretendiente al trono portugués, en Aljubarrota (14 de agosto de 1385), lo que hace que las casas nobles portuguesas que le apoyaron, al ser desterradas, se asienten en tierras castellanas. La participación de los descendientes de los judíos en la política. Y la llegada al trono castellano de Enrique Trastámara (1366 y 1369), conocido como el de las Mercedes, puesto que concedió grandes prebendas a quienes lo apoyaron en su pugna por la corona contra su hermanastro, Pedro I el Cruel.

Es precisamente la aparición en escena del primer Trastámara lo que va a hacer rolar el viento en la península Ibérica. En poco tiempo, la dinastía bastarda, proveniente de los amós de Alfonso XI con Leonor de Guzmán, va a colonizar todos los tronos peninsulares, salvo Portugal.

Dentro de estas maniobras y pugnas de poder, seis hombres pertenecientes a cuatro linajes preeminentes de la época se cruzaron en la vida del Príncipe de Viana, enredándolo en su juego de poderes e intereses. Luna, Pacheco, Peralta y Beaumont escribieron las páginas más trágicas de la vida del príncipe más excelso.

ÁLVARO DE LUNA

Álvaro de Luna, condestable de Castilla, pertenecía al linaje aragonés de los Luna. Era sobrino nieto del papa Luna, Benedicto XIII. Su abuelo, Juan Martínez de Luna, se alineó junto a Enrique II Trastámara cuando este se refugió en sus posesiones aragonesas en una de las muchas disputas mantenidas con su hermanastro, Pedro I. Juan se implicó tanto con la causa Trastámara que terminó vendiendo tierras y casas



Retrato de Alvaro de Luna. Retablo de la capilla de Santiago de la Catedral de Toledo, por Sancho de Zamora.



Estatua de Álvaro de Luna, Cañete (Cuenca).

para apoyarla, e incluso cayó prisionero defendiéndola con las armas, en la batalla de Nájera (1367). A cambio, cuando llegó al trono, Enrique lo recompensó regalándole tierras y honores en Castilla.

La madre de Álvaro se llamaba María Fernández Jaraba, una mujer con la que su padre, también de nombre Álvaro, había mantenido una relación. Aunque nunca lo reconoció como hijo suyo, al morir este cuando Álvaro tenía siete años, sus tíos paternos lo acogieron bajo su protección y se encargaron de educarlo. Dicen de él que era un gran lancero, además de un excelente poeta y narrador, entre cuyas obras destaca el *Libro de las Claras e Virtuosas Mugerres*; que escribió contra el trato misógino que recibían las mujeres. De la mano de su tío, Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, y gracias a la influencia de su tío abuelo, el papa, se introdujo en la corte castellana como paje del futuro Juan II de Castilla, convirtiéndose, con los años, en su valido.

Álvaro fue, junto con el mencionado rey, padrino del Príncipe de Viana. Pero también fue el mayor enemigo de su padre. Juan II de Aragón, rey consorte de Navarra, siempre tuvo fijación por el trono de Castilla y sus posesiones en este reino; entre las que se encontraban Peñafiel, Castrojeriz, Medina del Campo, Olmedo, Cuéllar, Mayorga, Haro, Belorado o San Esteban de Gormaz. Uno de los primeros encuentros entre Álvaro y el padre del príncipe se produjo en 1427. Varios nobles castellanos, re-

celosos del poder que estaba acaparando Álvaro de Luna, formaron una liga contra él. Aprovechando esta circunstancia, Juan, junto con su hermano Enrique, conocidos ambos en Castilla como los infantes de Aragón, presionaron al rey para que desterrara a su condestable. A este no le quedó más remedio que ceder. Álvaro fue obligado a abandonar la corte durante año y medio. Sin embargo, la situación empeoró en Castilla. *"E sobre apuesto movianse cada dia en la corte grandes escándalos é bullicios, é muertes de mes, é peleas tan amenudo, tan grandes é tratadas, que apenas el Rey por su persona las podía despartir, sin castigar. E los del Rey de Navarra, é Infante, con la grand presunción del favor é mando de sus señores, facian grandes fuerzas é demasías por las comarcas, e por los pueblos"*, relata Josef Miguel de Flores, en la *Crónica del Condestable*. Esta situación hizo que, a los cinco meses, Álvaro regresara a la corte.

El segundo hecho significativo es la batalla de Olmedo de 1445. Al regresar el condestable a la corte, se tomó su venganza, pidiéndole al rey que desterrase a aquellos que habían ido en su contra. De esta manera, el padre del príncipe hubo de marcharse de Castilla. Con el objetivo de recuperar tierras y cargos, los infantes de Aragón regresaron y, en 1443, ordenaron secuestrar al rey en lo que ha pasado a la historia como el golpe de Rámaga. La situación se tensó hasta llegar a las armas en 1445, enfrentándose las fuerzas unidas del rey, las de Álvaro y las del príncipe de Asturias, contra las de los infantes de Aragón, refugiados en Olmedo. La derrota de estos últimos en esta batalla tuvo serias consecuencias. El propio Enrique murió poco después por las heridas sufridas en la refriega. Mientras que Juan II terminó instalándose en Olite junto con su nueva esposa, Juana Enríquez. Esta decisión fue un duro golpe para el Príncipe de Viana, puesto que su padre seguía comportándose como rey de Navarra cuando no tenía ningún derecho sobre la corona, que tras la muerte de la reina Blanca debía haber recaído directamente en Carlos. Conse-



Sepulcro de Álvaro de Luna, capilla de Santiago de la catedral de Toledo (Sebastián de Toledo, 1489).

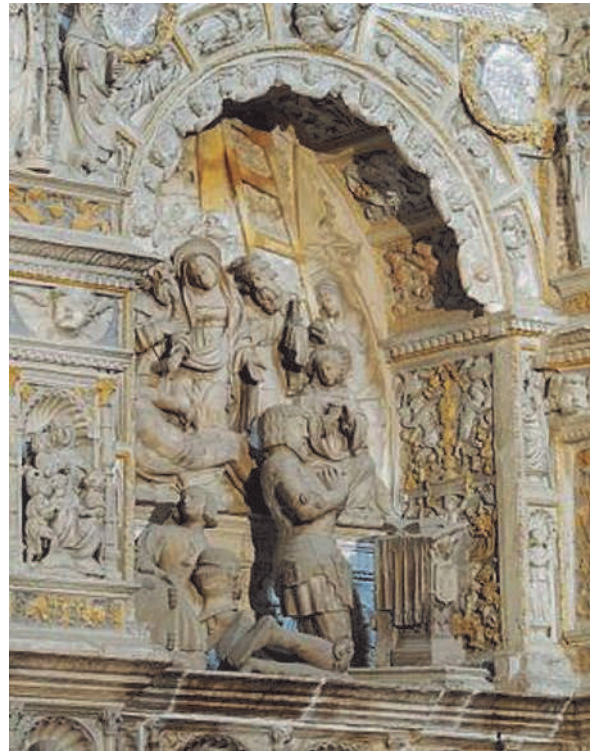
cuentemente, tras su nuevo enlace, Juan todavía tenía menos derecho de seguir llevándola y de intitularse rey de Navarra. La tensión de Castilla se trasladó al reino navarro y en ella vio Álvaro de Luna la manera de vengarse definitivamente de su eterno enemigo.

“La crisis interna navarra se mostró a la luz del día en 1450, con motivo de la instalación del monarca [Juan II] en Olite y la huida de don Carlos a San Sebastián. Pero no se convirtió en sangrienta realidad hasta la defección del príncipe ante las tropas castellanas en Estella. El tratado concertado en esta localidad a comienzos de septiembre de 1451 entre don Carlos, de un lado, y el príncipe de Asturias y don Álvaro, de otro, es el corolario de la acción de Olmedo. Al abrir la puerta de la guerra civil en Navarra, hacía transponer a otros reinos las pasiones desencadenadas treinta años antes en Castilla”, manifiesta Vicens Vives en *Historia crítica y reinado de Fernando II de Aragón*. El príncipe encontró una alianza envenenada en la mano que le tendió don Álvaro para librar batalla contra su padre. La consecuencia inmediata de este pacto fue la derrota del Príncipe de Viana en Aibar, el 23 de octubre, lo que supuso también su primer encarcelamiento.

JUAN PACHECO

Juan Pacheco, marqués de Villena, descendía tanto por vía materna como por la paterna de los linajes portugueses que se instalaron en Castilla tras la batalla de Aljubarrota. Hijo de Alfonso Téllez Girón y de María Pacheco, en las capitulaciones matrimoniales de sus padres se estipuló que el primer hijo varón llevaría el apellido Pacheco para poder reclamar las tierras de Belmonte, patrimonio de su abuelo materno. Su padre formaba parte del séquito de Álvaro de Luna y, gracias a ello, Juan consiguió entrar en la corte con el cargo de doncel del príncipe de Asturias, Enrique IV. Hombre ambicioso, astuto y sin escrúpulos, supo moverse con soltura en las intrigas de la corte y en los tejemanejes políticos con el apoyo de su hermano, Pedro Girón. Tomó a Álvaro de Luna como espejo en el que mirarse, y quiso para sí todos los cargos y posesiones que había tenido el condestable, pero careció de la lealtad y devoción que aquel profesó al rey castellano y lo mantuvo siempre a su lado. Con el tiempo, se convirtió en el favorito del rey Enrique, sobre el que ejerció una provechosa influencia. Y, llegado el momento, no le importó alinearse en contra de él y reclamar el trono castellano para el infante Alfonso, hermanastro de Enrique.

En la guerra civil castellana que se dio entre 1439 y 1445 aconsejó a Enrique que se alineara



Monasterio de Santa María de El Parral.
Sepulcro de Juan Pacheco,
por Juan Rodríguez y Lucas Giraldo.

con el rey de Navarra. Enrique estaba casado con Blanca, hermana del Príncipe de Viana, por lo que era yerno del rey consorte de Navarra, Juan II. *“Don Enrique, tras su boda con Blanca de Navarra, se había inclinado decisivamente por el bando que representaba su suegro, el rey de Navarra. La influencia de este último sobre su yerno se hizo notar de inmediato”*, relata Alfonso Franco Silva en *Juan Pacheco*. Poco después, seguramente tras el golpe de Rámaga y la presión del obispo de Segovia, Lope Barrientos, Pacheco le aconsejó que volviera a la disciplina de su padre.

A partir de 1460 se estableció una alianza entre el Príncipe de Viana y su excuñado, Enrique IV de Castilla, quien le prometió ayudarlo en su causa contra su padre. Este llegó incluso a romper el compromiso matrimonial existente entre su hermanastra, Isabel de Castilla, y Fernando de Aragón para favorecer el matrimonio entre Isabel y Carlos. Existe una carta fechada en Zaragoza el 8 de enero de 1461 en la que Juan II de Aragón se dirige a su embajador en Portugal, Bartolomé de Reus, para tratar este hecho. *“Se ha descubierto que el príncipe de Viana había planeado casarse con Isabel de Castilla y pasarse a ese reino sin saberlo Juan II; por ello ha sido detenido el príncipe y Juan de Beaumont. Se han recibido peticiones de clemencia a favor del príncipe, pero de momento se le mantiene en prisión”*, se transcribe en *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, de Miguel Ángel Ladero y otros

autores sobre el contenido de la carta. Juan recibió la noticia a través de un mensajero. Y bien pudo ser Pacheco quien estuviera detrás de este chivatazo. Entre él y el rey aragonés había en esos momentos buena sintonía, como se desprende de un documento fechado en Tudela, el 12 de octubre de 1460, en el que se desvela que Juan II de Aragón quiso apoyar las demandas de un grupo de nobles castellanos ante Enrique. Como compensación, pedía que se le devolviesen todas sus posesiones en tierras castellanas tal y como las tenía en 1438, excepto aquellas que pertenecían a Juan Pacheco y a su hermano, Pedro Girón.

Juan II supo poco tiempo después de este acuerdo (enero de 1461) de la existencia de la alianza entre su hijo y Enrique, lo que le hizo mantenerlo en prisión.

El voluble Pacheco volvió a la disciplina real poco después y consiguió atraerse también a los Mendoza. A partir de entonces se mostró favorable a los intereses de Enrique, quien le había acusado de estar con la liga que se había formado en su contra, ya que su hermano Girón lo estaba y el rey consideraba que este no habría prestado su apoyo sin el consentimiento y conocimiento del propio Pacheco. "*E asy [...], viendo [Pacheco] que en alguna manera le contradecía algunas cosas de las que el proponía en el consejo delante del rey, [...] mostrandose muy parçial de su arçobispo de Sevilla y que lo que el queria era lo mejor, espeçial contra el rey de Aragon, dixo que el rey en todo caso devia de yr a guerrar al reyno de Navarra [...] y que para esta guerra don Pedro Giron su hermano [...] venia con gruesa gente a lo servir*", escribe Luis Suárez Fernández.

Se convirtió así Pacheco en uno de los defensores de la causa del príncipe en sus últimos meses de vida.

LOS PERALTA

El clan de los Peralta comenzó a destacar con la figura de García Martínez de Peralta, que se convirtió en uno de los hombres de confianza de Carlos III. El linaje medró a la sombra de la corte y terminó emparentando con la casa real. Su hijo, Pierres de Peralta el Viejo, además del cargo de maestro hostel, consiguió la rícohombría en 1416. En 1422 el rey le encomendó la noble tarea de ir a buscar a su nieto a Peñafiel, lugar en donde había nacido un año antes, para escoltarlo junto con su madre hasta Navarra, donde Carlos debía educarse al ser el heredero de la corona. Por este servicio quedó además recompensado con una pensión de 900 libras. A partir de ese momento, los Peralta

aparecen siempre en primer término en los acontecimientos principales de la familia real, llegando a convertirse en el brazo derecho del rey consorte, Juan II. Gracias a los servicios hechos a la corona, Pierres el Viejo consiguió acumular poder y tierras, creando el primer mayorazgo conocido en Navarra. En 1430 los reyes Juan y Blanca le concedieron el señorío de Peralta, un enclave que hasta entonces había formado parte del principado de Viana, que correspondía a Carlos.

Su hijo, Pierres de Peralta el Joven, personaje oscuro y ladino, se convirtió en uno de los líderes principales del bando agramontés y se enfrentó abiertamente a Carlos. Defensor a ultranza de su benefactor, el padre del príncipe, fue el ejecutor de las políticas de Juan II en el reino. El príncipe le recriminó que usara las armas de Navarra en su escudo. Es cierto que Carlos III había concedido a su padre, Mosén Pierres de Peralta el Viejo, la licencia para colocarlas en quarterón. Sin embargo, al príncipe no le gustó que las utilizase el hijo ya que, con buen tino, consideraba que solo los miembros de la familia real podían utilizarlas y, que si las había lucido el padre, no significaba que el privilegio pasara directamente al hijo. "*...irritado [el príncipe] con èl [Pierres de Peralta el Joven] por esta causa [que llevara las armas de Navarra] las quitò de la sobreveste à un Passauante, ò Araldo suyo, embiandole à amenazar si en adelante bolviessse à usarlas, desayre que satisfizo el Rey [Juan] conde diendole priuilegio para que pudiesse traer la mitad de ellas...*", relata Francisco Pinel en *Retrato del Bvuen vassallo*.

Se casó en primeras nupcias con Ana de Bravante, una de las damas que llegó con la Princesa de Viana desde Borgoña. Este enlace le permitió tener información directa sobre lo que ocurría en la corte de Carlos, rodeado desde su nacimiento de miembros del clan rival de los beaumonteses.



Castillo de la Atalaya de Villena.

Como mano derecha de Juan estuvo presente en la batalla de Aibar de 1451, que supuso la primera gran derrota del Príncipe de Viana. También ocupó un lugar destacado en la concordia de Valladolid, que se firmó en 1453, entre el príncipe y su padre, y en las negociaciones que Juan mantuvo con los condes de Foix (Leonor, hermana de Carlos, y Gaston) para convertirlos en sus herederos en Navarra en detrimento del primogénito.

Cuando Carlos partió hacia Francia e Italia para buscar aliados, en 1456, Pierres el Joven marchó detrás por mandato de Juan II, ejerciendo de espía para él, con el único objetivo de desestabilizar la causa de su hijo. Para pagarse el viaje, secuestró a dos comerciantes tudelanos, los Abendahut, y los llevó con engaño al otro lado de los Pirineos, donde se los entregó a Gracián Dagramund a cambio de una considerable cantidad de dinero. La idea era que la deuda quedase saldada al cobrar Dagramund el rescate por los comerciantes. Al enterarse el rey, inició diligencias diplomáticas en Francia para ponerlos en libertad. Sin embargo, no castigó a su fiel vasallo. Antes bien, al conocer lo que había tenido que hacer para cumplir sus deseos, lo compensó creando la baronía de Marcilla para él en 1458. *"...y lo que es más, acudía al papa Calixto III, para que revocase el nombramiento del cardenal Niceno, como obispo de Pamplona, y lo hiciera recaer en la persona del abad de Santa Pía, que era deudo de Pierres y Martín de Peralta -porque tuviesen de donde satisfacer los cargos y deudas que debían-. Dióle también en propiedad la castellanía de Amposta con todos los derechos inherentes, si bien la percepción de tales derechos fue nula, al menos en los ocho primeros años"*, señala Atanasio Sinués Ruiz en

Una embajada de Juan II de Aragón al rey de Francia en 1458.

Se cree que fue el autor, junto con el mariscal, Pedro de Navarra, de las 87 acusaciones elevadas contra Carlos y que están recogidas en un documento custodiado en los archivos de Pau.

LOS BEAUMONT

Los Beaumont se mantuvieron fieles al Príncipe de Viana hasta su muerte. No quiere decir esto que defendieran siempre su empresa por absoluta fidelidad a la legítima causa de Carlos, ya que en su política prevaleció algunas veces su propio interés. Un interés que chocó de lleno con sus eternos enemigos: los agramonteses, en cuyo bando militaban los Peralta. Los Beaumont descendían directamente del infante Luis de Beaumont (hermano de Carlos II). Perteneían a una de las ramas bastardas de la familia Evreux que se formó al tener don Luis un hijo ilegítimo, fruto de su relación con María de Lizarazu, al que dieron el nombre de Carlos.

Durante la vida del príncipe destacaron los hermanos Luis y Juan, que siempre formaron parte del séquito del príncipe. Luis se casó con una hija natural de Carlos III, Juana de Navarra. Con motivo de este enlace, el rey les otorgó el título de condes de Lerín y Luis fue nombrado condestable de Navarra. En 1450, en plenas hostilidades entre Carlos y su padre, al regresar este a Navarra tras la derrota de Olmedo, Luis tomó para el príncipe la localidad de Oteiza. Estuvo también presente en la batalla de Aibar, al frente de las tropas de Carlos y cayó prisionero junto a él. Permaneció encarcelado hasta 1460, como garante de que el príncipe no se volvería a levantar en armas contra su padre tras ser liberado en 1453.



Armas de Pierres de Peralta el Joven, Libro de Armas del Reyno de Navarra.



Escudo de Luis de Beaumont, Libro de Armas del Reyno de Navarra.

Se cuenta que fue él quien disuadió al Príncipe de Viana de que se casara con María Armendáriz, a pesar de que le había prometido que la desposaría, si de su relación nacía algún vástago, como así ocurrió.

Pero si hubo un Beaumont que ejerció notable influencia sobre Carlos, ese fue Juan. La reina Blanca lo nombró ayo y tutor de su hijo y entre maestro y pupilo siempre hubo una estrecha relación. Juan fue un hombre inquieto y combativo. Aspiró a ser obispo de Pamplona, pero se encontró con la oposición directa del rey consorte de Navarra, quien tenía un mejor candidato. Se tuvo que conformar con el puesto de prior de la orden de San Juan, que era en ese momento el segundo cargo eclesiástico más importante en el reino.

Por los muchos servicios prestados hacia su persona, el príncipe le otorgó el título de vizconde de Abarca y Arberoa, en 1455; dignidad que luego heredó su primogénito, Martín.

A Juan encomendó Carlos la empresa de ir a buscar a su prometida, Agnès de Kleves, a Bilbao, y escoltarla hasta Estella, donde la esperaba el príncipe. También se apoyó en él cuando decidió abandonar Navarra en 1456, dejándole al mando del gobierno de sus asuntos como canciller y capitán general, junto a su hermana, Blanca.

A principios de 1455 lo envió a Ágreda, para tratar el concierto con su padre. Allí se encontraba también Pacheco. "...esta junta salió tan desgraciada como las otras; porque el Rey de Navarra y sus parciales, los Agramonteses no quisieron venir en las condiciones, que por la otra parte se pedían. Entendióse que D. Juan Pacheco procuraba de secreto impedir la paz de Navarra entre padre e hijo, por miedo de que, si las cosas del todo se sossegaban, él no tendría tanto poder y autoridad", señala Francisco Aleson en los Annales del Reyno de Navarra.

En 1457, con el príncipe ausente del reino, refugiado en la corte de Nápoles de su tío, Alfonso el Magnánimo, Juan de Beaumont proclamó rey a Carlos. Sucedió después de que don Juan juntara cortes en Estella con los de su parcialidad para desheredar al príncipe y a su hermana. "*Viendo esto D. Juan de Beaumont su gobernador, los de su Consejo, y muy especialmente la Ciudad de Pamplona, sin dar primero parte al Príncipe por tener bien conocida su templanza, y por parecerles sin duda, que avia peligro en la tardanza, convocaron à Cortes en Pamplona las personas, y pueblos de su obediencia, que gozaban desta prerrogativa, y en ellas le aclamaron, y juraron por Rey sin omitir solemnidad d ellas que en semejantes actos se acostumbran, dia Miercoles 16 de Marzo deste año mismo...*", señala Aleson.

Este hecho fue recriminado por el propio protagonista, ya que se encontraba en ese momento en uno de los momentos más delicados de la relación con su padre, que podía considerarlo un acto de rebelión.

Juan se mantuvo fiel a su pupilo hasta el final. En los últimos meses de vida de Carlos fue encarcelado junto a él y permaneció en Cataluña tras su fallecimiento. Perdió todas sus posesiones en el reino y al regresar a Navarra se refugió en Puente la Reina. Allí creó un cenobio en la Iglesia del Crucifijo, donde fue enterrado.

Con este panorama es mucho más entendible el lema que el historiador Avalos de la Piscina señala como una de las divisas del Príncipe de Viana: *Utrimque roditur* (Por todos los lados, me roen).

La autora es periodista y novelista.

*Armas del Príncipe de Viana.
Iluminador Guillem de Hugoniet (libro de 1461).
Biblioteca Museo Condé*

